

---

## CONVERSACION IV

SOBRE LO BUENO Y LO MALO QUE HAY EN LOS NIÑOS.

Celinia. Gustaríamos mucho de saber de una persona como tú, ¿qué juicio se debe hacer de los Niños?

Fortunata. Cosa fácil será el satisfaceros, diciéndoos desde luego, que más tienen de bueno, que de malo.

Hilaria. Particular gozo nos resulta de oírte hablar así: ¿querrás explicarte un poco más?

Fortunata. De muy buena gana: pues lo que me parece que hay de bueno en los Niños, es su sencillez, su candor, sus deseos de instruirse, y su facilidad para aprender.

Celinia. Si todo eso se encuentra en los Niños; tiene razón para decir, que lo bueno sobrepuja en ellos á lo malo. Pero pregunto: ¿Qué utilidad sacarás tú de su sencillez?

Fortunata. Grandísima: porque siempre los hallo muy prontos á crearme sobre mi palabra, sin pedirme jamás otras pruebas. Ventaja que no se encuentra en los adultos y grandes.

Hilaria. Y díme: ¿Qué bien produce el candor en los Niños?

Fortunata. Hacerles ingénuos, y además, impedir que sean desconfiados en orden á la conducta y manejo que se ha de guardar con ellos.

Celinia. Tanto es lo que nos agradan tus respuestas, que te suplicamos continúes declarándonos lo que has comenzado ya.

Fortunata. Me conformo gustosa. El deseo que los Niños tienen de instruirse, les inspira una atención siempre constante, para todo aquello que á ellos les parece nuevo. Lo cual ayuda infinito á su instrucción.

Hilaria. En cuanto á la facilidad que tienen para aprender, ¿qué dices? ¿De dónde les viene?

Fortunata. De una memoria del todo nueva, y dispuesta siempre á proveerse y equiparse de cuantas imágenes ó especies se quisiere imprimir en ella.

Celinia. Verdaderamente con esto se puede compensar muy bien el trabajo que cuesta criarlos y lidiar con ellos.

Fortunata. Os confieso que cualquiera que considere atentamente todas estas ventajas, más bien se animará que se disgustará del trabajo que cueste su educación,

Hilaria. Vamos ahora más adelante. ¿Encuentras tú en los Niños mucho caudal de razón?

Fortunata. Sin que sea preocupación, os diré, que yo hallo en ellos mucho más de lo que comunmente se piensa.

Celinia. Eso lo diras, sin duda, por la vía de recreación y en chanza.

Fortunata. No, lo digo seriamente.



Hilaria. ¡Qué! ¿Razón en los Niños? Ese es un lenguaje muy nuevo para mí.

Fortunata. Bien podrá ser nuevo el lenguaje; pero ésta verdad no es nueva, no.

Celinia. Con que ¿de veras estás persuapida á que hay razón en los Niños?

Fortunata. Sí, sí, de veras, y en esto no digo cosa que no esté viendo todos los días.

Hilaria. ¿Y encuentras esto mismo, por lo general, en todos los Niños?

Fortunata. Eso no, á la verdad, no en todos absolutamente; pero sí en muchísimos.

Celinia. Mas ¿en qué especie de Niños?

Fortunata. En aquellos que tienen ingenio y buena índole.

Hilaria. Embelesadas estamos en oírte hablar de esa manera; porque tus palabras son del mayor peso en nuestro concepto y estimación.

Fortunata. Discurrís muy juiciosamente en eso, pues yo no diría una cosa como esta, sino fuese verdadera del todo.

Celinia. Por lo mismo que estamos tan satisfechas de tu rectitud, nos cuesta muy poca dificultad el subscribir y conformarnos con tu dictámen.

Fortunata. Haced cuando queráis, la prueba de esto, y convencéos por vosotras mismas.

Hilaria. Pues siendo así, como tú dices, ya no nos haces tanta lástima, como antes de ahora.

Fortunata. Con todo, siempre podéis sin escrúpulo alguno, tenerme compasión; porque es preciso confe-

sar, que los defectos de los Niños son sumamente graves y molestos.

Celinia. Pero ¿qué defectos pueden tener, por muchos que sean, á vuelta de tantas cualidades buenas como encuentras en ellos?

Fortunata. Sin embargo, no dejan de tener algunos que son enfadosísimos.

Hilaria. ¡Qué! ¿Será tal vez su ligereza, su disipación, su indocilidad, su repugnancia á todo género de sugestión, su propensión al juego, su oposición al trabajo, y su indevoción?

Fortunata. Todo eso lo cuento yo por nada, en comparación de su humor y su genio: esto sí, que es absolutamente intolerable.

Celinia. Pero una vez que llevas á bien todos los demás defectos, también harás lo mismo con este.

Fortunata. No, amiga; en eso me perdonarás; porque ese es un mal casi incurable.

Hilaria. Y de todos los genios ¿cuál es el que te parece menos llevadero?

Fortunata. El que hace que las muchachas sean desaliñadas, fastidiosas, é indóciles.

Celinia. Pero ¿de qué indocilidad hablas aquí?

Fortunata. De aquella que toca en el extremo de gruñir ó hablar entre dientes, de replicar á todo, de resistir con insolencia y descaro.

Hilaria. ¿Es posible que puedas aguantar á unas muchachas de esa clase? Yo, si fuera que tú, á todas horas las enviaría á la férula y las disciplinas; y daría



orden de que las estuvieran azotando, hasta que saliese de una vez por las heridas todo el mal humor.

Fortunata. Eso es lo que en efecto sería necesario ejecutar con ellas; mas no siempre se hace todo lo que era menester.

Celinia. Y entre todos los genios, ¿es éste el que más te dá en que merecer con las muchachas?

Fortunata. Otros hay todavía además de ese; pero ninguno llega á él, ni con mucho.

Hilaria. Pues dí: ¿Qué genios son esos?

Fortunata. Todo el mundo lo sabe. Hay entre las muchachas genios lentos ó tardos; los hay melancólicos y taciturnos; los hay altivos; los hay cosquillosos y disputadores; los hay groseros y zafios; los hay impertinentes; y los hay, en fin, como si estuviésen amasados con salitre, muy ardientes y fogosos.

Celinia. Y todos esos genios ¿te parecen fácilmente soportables? Yo, por mí, lo encuentro de muy difícil y dura digestión.

Fortunata. Es verdad; pero nada de eso se parece al humor terco, ceñudo é indócil; porque semejantes genios nunca hacen lo bueno más que por una especie de furor y atronamiento; y siempre lo malo por hábito y costumbre. Además, que con una sola muchacha de esta especie, que haya en una casa, basta para echar á perder á todas las otras, aunque tengan por otra parte muy buenas cualidades y prendas.

Hilaria. ¿Pero tales genios y condiciones no se mudan con la edad?

Fortunata. No, jamás, como no sea por un milagro,

si se les ha dado ya lugar á que sigan libremente su rumbo.

Celinia. ¿Y qué? ¿Siempre y por toda la vida ha de ser uno mismo el humor, y el genio ó condición?

Fortunata. Sí, á no ser, repito, que Dios haga un milagro. La diferencia toda consiste en que semejantes genios están como en pequeño en los Niños, y como en grande en las personas adultas.

Hilaria. Pero eso que dices, es un aburrimiento.

Fortunata. Convengo en ello; y tanto más, porque estas tales Niñas, en llegando á ser ya grandes, son ordinariamente la cruz, el suplicio, y el desconsuelo de las personas con quienes viven; dejando ahora á parte lo que ellas se atormentan á sí propias.

Celinia. Y ¿qué? ¿No habrá remedio para tan grave dolencia?

Fortunata. Ya he dicho que no hay otro que el castigo en la tierna edad; pero repitiéndole sin intermisión, hasta salir con el intento: sin el uso de este remedio se fijará para siempre la incorregibilidad en los Niños.

Hilaria. Pues, ¿qué? ¿La razón no hará más mella en ellos, que tanto rigor?

Fortunata. No, porque esta pasión tiene siempre más fuerza que la razón.

Celinia. Pero al fin, parece no encuentras otro defecto insufrible en los Niños, más que el ya referido; y quitado este, todo lo demás será agradable en ellos: ¿No es así?

Fortunata. Es que solo éste basta para llenar de



amargura á todo lo demás; porque un solo Niño de éste carácter, todo lo descompone y todo lo perturba.

Hilaria. ¿Con que solamente resta ahora buscar algún remedio á este mal: y entonces será delicioso y grato el empleo que ejerces?

Fortunata. Así lo deseo, y así lo estoy esperando.

Celinia. Pues nosotras vamos á buscarle; y así que demos con él, te lo participaremos inmediatamente.



## CONVERSACION V

SOBRE LO QUE HACE RECOMENDABLE Á UNA NIÑA DE CALIDAD EN EL MUNDO.

Eustatia. Nos tomamos la confianza de venir á pedirte el favor de que nos ayudes á descubrir la verdad de lo que buscamos.

Ambrosia. Pues ¿qué es lo que buscáis? Hay, por ventura, alguna cosa difícil para vosotras?

Basilisa. Estamos impacientes por saber, qué es lo que en este mundo hace recomendable á una Niña.

Ambrosia. Yo alabo vuestro buen deseo; y cierto me parece muy loable.

Eustatia. Tendríamos, pues, mucho gusto en saber tu modo de pensar acerca de esto; porque respetamos sobremanera tus dictámenes.

Ambrosia. Si quiero decíroslo; pero me gustaría yo mucho de saber antes el vuestro.

Basilisa. Yo, por mí, juzgo que es la sabiduría.

Ambrosia. Varias Niñas hay que son instruidas, y por tales pasan; las cuales sin embargo no son recomendables,

Eustatia. Con todo eso, la sabiduría es una cualidad muy excelente en una Niña.

Ambrosia. Es verdad; pero como esta es una pren-



da que se debe esperar se halle regularmente en todas; se desea alguna otra cosa más, para que se puedan llamar recomendables y dignas de aprecio.

Basilisa. No obstante, yo no veo que haya una cosa más hermosa que esta.

Ambrosia. Convengo en eso; pero digo, que esto no es suficiente para el designio que os habéis propuesto.

Eustatia. Lo que es por mí, yo la preferiría á todo lo demás.

Ambrosia. Yo no niego que la sabiduría es un adorno muy grande en una Niña: pero mi empeño es sostener, que se requiere alguna otra cosa más, para hacerse recomendable en el mundo.

Basilisa. No siendo la sabiduría, ¿será precisamente el entendimiento?

Ambrosia. Tampoco soy de ese parecer; porque yo conozco muchas que tienen entendimiento; y con todo, no son recomendables.

Eustatia. Pues yo, con tu licencia digo, que nada hay más á propósito para distinguir á una Niña, que el entendimiento.

Ambrosia. Me perdonarás, si á eso te digo yo, que el entendimiento en una mujer más es de tener que de desear, cuando este entendimiento no se contiene dentro de ciertos límites.

Basilisa. Y ¿por qué es eso, no me dirás?

Ambrosia. Porque ordinariamente una mujer que tiene entendimiento, y que sabe que le tiene, se precia demasiado, y se hace muy presumida; y la presunción á nadie puede agradar.

Eustatia. Pero una Niña que tiene talento, facilmente se hace erudita, y capaz de hablar de todo: ¿No es cosa ésta muy hermosa?

Ambrosia. Creedme: las mujeres no han nacido para ser sábias; el silencio es lo que propiamente les corresponde; y cualquiera de ellas que quisiere conservar la humildad, debe mirar la ciencia como uno de los mayores escollos de esta virtud.

Basilisa. Pues no siendo ni la sabiduría ni el entendimiento; ¿será sin duda la piedad y devoción?

Ambrosia. En mi juicio, tampoco es eso lo que hace recomendable en el mundo á una Niña; porque se supone, que todas deben tener piedad, á lo menos, hasta un cierto grado.

Eustatia. Quieres decirme, por qué añades *hasta un cierto grado*?

Ambrosia. Porque no sería de estimar en el mundo una mujer, que se estudié todo el día en la Iglesia, ó en su gabinete, leyendo, rezando, ó meditando.

Basilisa. ¡Ah! Eso es porque el mundo es enemigo de la piedad.

Ambrosia. Por tu vida, no vitupéres al mundo en lo que no es vituperable; porque el mundo, con todo de ser mundo sabe estimar una arreglada devoción.

Eustatia. ¿Qué quieres decir en eso de *devoción arreglada*?

Ambrosia. Entiendo aquella, que no desvía de ninguna de las obligaciones, á que cada una está sujeta por razón de su estado. En efecto, es una piedad mal



entendida la de estarse en la Iglesia, cuando se debiera estar trabajando, ó cuidando de la casa.

Basilisa. No obstante esto, se ven muchas de esta clase.

Ambrosia. Pues cabalmente es lo que me obliga á decir, que no es eso lo que en el mundo hace recomendable á una Niña; y por otra parte, ya sabéis lo que se suele decir de éstas tales personas, que: "Los Angeles para la Iglesia, y para las casas las:::" No quiero acabar de decirlo.

Eustatia. ¿Será tal vez la hermosura?

Ambrosia. Dios me libre de pensar tal cosa, y mucho más de decirla.

Basilisa. Pues con todo, el mundo hace mucho caso de eso en una Niña.

Ambrosia. Concedo: pero no habiendo otra cosa, la hermosura sola ¿de qué sirve?

Eustatia. Algo rígida y escabrosa nos parece que estás en este punto.

Ambrosia. Pues á mí no me lo parece, no: y aun vosotras convendréis conmigo en que la hermosura sola, sin alguna otra recomendación, es una cualidad sumamente peligrosa, tanto para la que la tiene, como para los que la miran.

Basilisa. Pero al cabo ella ese un don de Dios.

Ambrosia. Eso es verdad; pero es don necesita de otros muchos dones, para dejar de ser un verdadero veneno.

Eustatia. Por esa regla, valdría más no tener hermosura.

Ambrosia. Una sola ventaja encuentro yo en ella; y es, ayudar á que una Niña, que no sea muy rica, se coloque un poco mejor. Quitada esta sola utilidad, yo la tengo por perjudicialísima.

Basilisa. No siendo nada de esto lo que hace recomendable á una Niña en el mundo; ¿serán desde luego los bienes de fortuna?

Ambrosia. Yo no negaré que estos sirven de mucho; pero aun no es esto el todo, en la presente materia.

Eustatia. Pues ¿qué más es menester?

Ambrosia. Una Niña dotada de sabiduría y de entendimiento, de piedad y de hermosura, y aun de bienes; como no tenga más que esto, no es buena más que ponerla en un escaparate, y que allí lo luzca.

Basilisa. ¿Y dirás ahora, que no eres mal contentadiza?

Ambrosia. Sí, lo repito; no es buena más que para eso: y sino ¿qué otra cosa queréis se haga de ella?

Eustatia. Pues ¿qué le falta? Dí, por tu vida.

Ambrosia. Lo que le falta es, lo más esencial en una casa.

Basilisa. Nosotras no podemos adivinarlo; pues nos parecía que con eso lo tenía ya todo.

Ambrosia. No, no; no lo tiene todo; porque con todas esas prendas que la atribuí, todo andará desordenado y revuelto; todo será confusión en su casa; allí se verán crecer á puñados las telarañas, como los hongos en el campo.

Eustatia. Vamos ya poco á poco descubriendo lo que pides que tenga una Niña, fuera de lo dicho.



Ambrosia. Y como que sí; yo quiero que, además de eso, tenga un espíritu de orden, de disposición y de aseo; un espíritu de gobierno y de economía; un sincero amor al trabajo, á la labor; y una aversión grande al lujo y los placeres. Esto sí que es lo que, á mi modo de entender, hace recomendable en el mundo á cualquiera Niña.

Basilisa. Demasiadas cosas son esas; explícanoslas, si gustas.

Ambrosia. Lo que yo entiendo por espíritu de orden, de disposición y limpieza, es una atención, un esmero grande en no dejar nada fuera de su sitio, y en tenerlo todo muy aseado y muy brillante.

Eustatia. Explícanos, qué entiendes por espíritu de gobierno y economía.

Ambrosia. Consiste éste en que no se perdona gasto alguno, cuando sea necesario; y en que se haga con generosidad, cuando llegue el caso; pero sin que se gaste nada inútil y superfluamente; como también en no desperdiciar nada, á ejemplo de Jesucristo, que mandó se recogiesen los pedazos de aquellos panes, que había multiplicado milagrosamente (1).

Basilisa. Mucho me temo no sea que, con pretexto de economía, las vuelvas tan avaras y mezquinas, que disputen eternamente por un maravedí, por una alfiler; y que se lamenten, y aun lleguen á contar hasta los bocados que coman, y el agua que beban ellas mismas y todos sus domésticos.

(1) Joann. 6. 12.

Ambrosia. Ese ya sería un extremo, de que cualquier Niña debe guardarse con el mayor cuidado: porque ordinariamente á las que son así, todos las señalan con el dedo, y no hay Mercader que no tiemble tener que tratar y vender algo á estas regatonas.

Eustatia. Tú haces muy bien en darles éstas precauciones contra semejante vicio, que es demasiado común y hace tan despreciable á una Niña, como la desidia y la indolencia.

Ambrosia. No solamente deseo yo que no caiga ninguna en este vicio; sino que también quiero, que sea liberal con los pobres, y tenga bien sentada su fama en este punto.

Basilisa. ¿Qué es lo que pides en una Niña tocante al sincero amor al trabajo?

Ambrosia. La pido que madrugue lo más que pudiere, para arreglarlo todo, y limpiar su casa; y que en el discurso del día se ocupe útilmente, ya con la aguja, ya con el huso en la mano, á ejemplo de aquella Mujer fuerte tan elogiada en la Santa Escritura (1).

Eustatia. Y por lo que mira á separarse de todo lujo, y de los placeres, ¿qué es lo que la pides?

Ambrosia. Que no tenga cosa alguna que no sea sencilla y modesta, ni en sus vestidos ni en su ropa blanca, ni en sus muebles, ni en su mesa; que solo conceda á su cuerpo el descanso y comodidades que sean necesarias para conservar la salud; que se sujete á lle-

(1) Prov. 31. 19.



var siempre cotilla, y el pañuelo de modo que la cubra bien todo el pecho; que no se haga esclava de ninguna moda; que en caso de seguir alguna, no sea de las del día, ó como dicen, de las últimas; y aun eso con disgusto suyo y á más no poder, que huya de todos los partidos de juego, diversiones, paseos y comilonas; ó á lo menos, que no sea demasiado amiga de estas cosas.

Basilísa. Pocas jóvenes hay, que se parezcan á este retrato.

Ambrosia. También habrá pocas que sean recomendables y acreedoras á estimación en el mundo.

Eustatia. ¿Y no haces mérito alguno de aquel buen orden y vistoso aseo, que en algunas suele notarse por de fuera?

Ambrosia. Eso no es más que una corteza despreciable, cuando falta lo demás.

Basilísa. Pero ¿no se podrá inferir de ahí, que ese mismo orden, y ese mismo aseo reinarán en su casa?

Ambrosia. Si llegáis á entrar en ella, observaréis, que aun aquellas galas y vestidos que ellas suelen tener en más estima, y con mayor aseo, andan tirados ya por un lado, ya por otro, y entregados á la inmundicia y al polvo.

Eustatia. ¿Con qué lo que tu quieres es, que su casa se parezca en la limpieza á su exterior?

Ambrosia. Lo que yo quiero es, que el orden y el aseo de su exterior sea nada más que como una muestra del orden y limpieza de todo aquello que estuviese puesto á su cuidado.

Basilísa. Eso pide una gran vigilancia y una grande atención; y no es vivir como Señoritas.

Ambrosia. Perdona te diga, que ninguna cosa indica mejor el ser Señorita, que ese buen orden y aseo; y lo contrario no conviene sino á gente de baja esfera.

Eustatia. ¿Acaso la faltarán criadas que la ayuden, y que hagan lo que fuere menester en su casa.

Ambrosia. Dices muy bien en eso, de que la ayuden, porque supones, como realmente debe ser, que ella ha de ser la primera que eche mano á cuanto se ofrezca.

Basilísa. Pero esto no sería ser Ama ni Señora, sino como una criada asalariada.

Ambrosia. Con vuestra licencia digo á eso que es propiamente ser Ama, el saber enseñorearse de la desidia y la indolencia: es ser Ama el procurar conservar su hacienda en buen orden y en buen estado: es ser Ama el mandar, más con el ejemplo, que con las palabras.

Eustatia. ¡Qué! ¿Y es esto lo que en el mundo hace verdaderamente recomendable á una Niña?

Ambrosia. No lo dudéis; porque solamente á esta clase de Niñas se les alaba, y son acreedoras á que se les alabe, por cuanto saben unir el trabajo con la virtud.

Basilísa. Pues ¿cómo se les mira á las otras en el mundo.

Ambrosia. Como unas personas inútiles; porque no saben más que dormir, comer y beber, componerse mucho, jugar y pasear á todas horas.



Eustatia. En resumidas cuentas, estas tales Niñas no son otra cosa que unas pesadas cargas que abruman la tierra, y arruinan las familias.

Ambrosia. Ya lo has dicho tú; y así es, que no se oye otra cosa por todas partes, que lamentos y quejas en las familias donde hay semejantes muchachas.

Basilisa. De eso no me admiro yo; porque Niñas de esta naturaleza no sirven más que de pensión y carga, y nunca de utilidad.

Ambrosia. me alegro de que al fin reconozcáis por vosotras mismas la verdad; porque no hay quien no la toque con el dedo.

Eustatia. ¡Que afortunadas son las Niñas, que desde luego han sido educadas con este noble gusto hacia el buen orden, el aseo y aplicación al trabajo; enemigas del regalo, del fausto y las modas!

Ambrosia. Pues por la mayor parte, las mismas madres, son las que tienen la culpa de que sus hijas sean unos ídolos, sin piés ni manos para obrar.

Basilisa. Confieso que yo nunca había pensado en nada de lo dicho.

Ambrosia. Sin embargo, pensad seriamente en todo ello, y veréis que estas mujeres, por otra parte tan ataviadas y tan compuestas, ordinariamente son unas criaturas muy poco á propósito para el gobierno, las haciendas y el cuidado de una casa.

Eustatia. Así lo vemos claramente, por la descripción que de ellas acabas de hacernos.

Ambrosia. Pues aprovecháos vosotras de ellas, ahora que soís jóvenes; y acostumbraós desde luego á lo

que ya sabéis que hace recomendable y digna de aprecio en el mundo á una Señorita.

Basilisa. Nunca podremos, por más que hagámos, darte las correspondientes gracias, por habernos abierto los ojos en una cosa de tanta consecuencia.

Ambrosia. Decís bien, de tanta consecuencia; porque de ahí se sigue, ó la gloria y el lustre, ó la perdición y ruina de una casa.

Eustatia. Tal es el gusto que nos da el oírte, que te suplicamos tengas á bien que volvamos á conversar otra vez sobre este mismo asunto, ó sobre algún otro, cuando tuviéres lugar para ello.

